

**VINT-I-DOSÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES**

**“Paraules d’Adriana”**

**CATEGORIA GENERAL 2.022**

**AUTORA: MONTSERRAT ESPINAR RUIZ**

# Tarde de verano

---

Seudónimo: Monnayda

*¿Acaso el secreto de la poesía reside tal vez en dar lenguaje a todo aquello que de lo contrario se pierde en la existencia muda? Y ¿acaso la pintura no representa en imagen algo que en realidad no puede mostrarse en absoluto?  
“Hay tantas cosas que no se han pintado, tal vez ninguna”*

*Concierto sin poeta Klaus Modick*

Los humedales abrieron sus bocas jugosas en un alarde de lozanía. Un paisaje lamido, aguas custodias del reflejo de un pueblo diferente.

Rainer soltó la maleta sobre la maleza del terreno y alzó el brazo confeccionando un saludo extrañamente festivo. Estábamos recién casados, desorientados y con un larguísimo viaje a nuestras espaldas.

A lo lejos divisé, río abajo, una pequeña barca de madera, sencilla, austera, raquítica. En su interior, un hombre joven inhalaba el humo de su cigarro mientras aguzaba la vista para localizarnos. Esperamos unos minutos hasta que la barca llegó a la orilla.

A Rainer se le dibujó una fina sonrisa, como una línea de carboncillo. Se estrecharon las manos, acto seguido Rainer me presentó. *Heinrich, ella es Clara, mi esposa*. El tiempo se detuvo como en un cuadro, como en cada uno de los cuadros que se pintaron en aquellos días que compartimos en comunidad. Heinrich, de pie y dentro todavía de la barca, se esforzó por mantener el equilibrio. *Bienvenidos a Worpswede, Martha os ha preparado todo lo necesario para que disfrutéis de una grata estancia*. Los tres sonreímos sin poder escapar de la melancolía que marchitaba el gesto de nuestro anfitrión.

Barkenhoff, la casa de Martha y Heinrich, me cargó los ojos de una belleza irreproducible. Todo guardaba armonía, desprendía el soniquete de un alma cultivada, sensible, sublime, capaz de germinar vida en la sequedad propia del vacío, de la nada; sin embargo, por encima de semejante maravilla, supuraba la añoranza de un tiempo que ya estaba por concluir, un tiempo que Heinrich había despedido momentos antes de nuestra llegada.

Durante días perfilé con la yema de mis dedos cada contorno. Muebles, esculturas, vajillas, cuberterías, tapices, cuadros. Hacía escasos meses había estado instruyéndome en París, bajo la supervisión y doctrina de buenos escultores, interesada en llegar al fondo de mis inquietudes, de mi pericia en un arte que había ocupado la mayor parte de mi existencia. Como mujer, tenía prohibido el acceso a cualquier formación reglada y buscaba conocimiento en domicilios particulares. Ahora estaba en casa de Heinrich Vogeler un hombre innovador, versátil, un artista reconocido y capaz de transformar cuanto se le antojara.

Lo acompañé y lo observé en su taller. Al principio era evidente que se contenía, que procuraba mantener una corrección y unas formas neutras, víctima quizás del pudor y el recato inherentes a su pulcra educación. Al tiempo se descompuso, se disolvió en una entrega alucinada. El olor de los materiales se mezclaba con el que exudaba su propio cuerpo, con la humedad que se filtraba por las ventanas. La creación, en aquel tiempo, tuvo aroma a excitación, a silencios perfectos, a tabaco negro y a la turba que se amontonaba en un lateral de la vivienda.

Fui testigo de su trabajo, de un delirio admirable, de la construcción de una despedida que ocupaba todos los rincones. Se dejó acompañar por mi

presencia silenciosa, por unos ojos y unas manos de mujer, de artista que en raras ocasiones tomaban protagonismo. Nos respetábamos. No podía existir otra fórmula con un ser de una genialidad y educación desacostumbradas.

Una mañana, como era habitual, acudí al taller y, al verlo, supe que estaba esperándome. Apuraba un cigarro, asiéndolo indolente con los labios, mientras con detenimiento observaba una de sus esculturas. La observación era pura pose. Heinrich conocía cada milímetro de su trabajo, cualquier fisura milimétrica en el gran escenario de su obra.

Aguardaba frente al busto de Martha. Perfecto, soberano, con una juventud y una expresión ajustada a una realidad seguramente reciente. Buscó y agarró delicadamente mis manos. La acción resultó ser más una caricia que una invasión. Las condujo y las abandonó sobre la escultura de Martha. La frialdad de la piedra me provocó un escalofrío. Pidió que cerrara los ojos y que acariciara los contornos del busto. Obedecí. Cada forma que revelaba con mis dedos conseguía estremecerme. Comencé a sudar, a palpar de forma acelerada. *¿Qué ves?*, me preguntó. Belleza, acierto, humanidad. Hubiera podido atribuir incontables características a la pieza que escrutaba con mis manos, el caso es que no fui capaz de pronunciar una sola palabra. *Quiero deshacer este trabajo*. En la oscuridad de mis ojos cerrados y tras aquellas demoledoras palabras percibí todas las grietas de un entorno falsamente idílico. Continué en silencio. *Todo aquello que recoge vida, existe con una misma forma durante un tiempo limitado*, dijo. *Clara, los rigores del otoño secan la vegetación, los días nos desvinculan de la niñez, la entrega al trabajo nos curte y nos endurece las manos. Todo y todos vamos degenerando,*

*transformándonos.* En un acto de valentía abrí los ojos. Vi que tenía el rostro lleno de lágrimas. *No hay muerte, desde luego que no, hay conversión.*

Quise abrazarlo, abrigar cada una de sus palabras, decirle que conocía ese lugar por el que transitaba. Yo era escultora. Había cavado en tierra adversa, en tierra vacía, en tierra de voces necias, en tierra mentirosa, en tierra infiel, en tierra enferma. Cuando uno está tan lleno, rebosante, lo único que encuentra es vacío. No me moví, no dije nada.

*Deseo que seas tú la que le otorgues una nueva vida a Martha.*

Durante meses compartimos trabajo. Se centró en la creación de un cuadro donde muchos de sus vecinos o amigos aparecíamos en una de las habituales tardes de verano en la terraza de Barkenhoff. Martha era la figura central, mirando pensativa a lo lejos. Incluso él mismo se pintó de modo discreto tocando el violonchelo, en un segundo y contenido plano.

Alargábamos los días todo lo que nuestras fuerzas nos permitían. Pasábamos hambre y sueño. Atravesamos una furia creativa, eliminamos límites, censuras. Heinrich existía con una extraña tibieza hacia su familia. En ocasiones, escasas, lo descubrí embelesado observando cómo la niñera acunaba a alguno de sus hijos o quizás analizando a Martha en la distancia.

Entretanto iba y venía de numerosas exposiciones. Estaba, probablemente, en un momento dulce de su carrera artística. Me propuso en muchas de ellas, pero nadie apostaba por una mujer. Nadie. Ni siquiera Rilke. Sus formas, cada vez más imperativas, su ego, inabarcable y su carácter, dolorosamente enigmático fueron algunas de las razones que contribuyeron a apagar la llama del amor, si alguna vez lo hubo.

La última vez que vi a Heinrich pidió que pasara al taller y observara el cuadro ya concluido. Ahí estaba, majestuoso, recogiendo un instante que el tiempo había engullido, como todo. Observé la maravilla, los trazos maestros, brochazos con venas y sangre propios de la vida. Lo abracé. Después se entretuvo embalándolo y preparándolo para el viaje, mientras su mirada vidriosa me sonreía.

Lo llevó a Oldenbur, con motivo de la Exposición de Arte del Noroeste de Alemania. Allí, Heinrich recibió la Gran Medalla de Arte y Ciencia. Jamás regresó a su casa.

Supimos del éxito de la exposición, supe que llevó mi nombre y mi talento por todos los rincones. Por fin recibí propuestas que permitieron que pudiera proyectarme y desarrollarme como la artista que era.

Cumplí con la misión que Heinrich me había encargado. Transformé el busto de Martha y de mis ojos derramé la imagen de quien en su momento fue mi mentor. La corriente inicial, la fuerza que dejó Heinrich en aquella pieza se transformó en él mismo. Un nuevo enlace, una nueva oportunidad: flujo y, en consecuencia, vida.

Con la sencillez propia de la evolución, Rilke y yo nos despedimos. Él regresó a París, centrado en un nuevo proyecto literario y yo abrí mis horizontes a diferentes disciplinas artísticas. Bebí a bocanada limpia de todo material capaz de perfilarme y mezclarme con la tierra de mi auténtica naturaleza.

Años después, en Múnich, me crucé con el cuadro de Heinrich. Lo observé detenidamente. Algo no encajaba. Analicé meticulosamente cada detalle. *¡Voilà!* A mi lado, justo a mi lado, mi esposo aguardaba sentado, sin embargo, Rilke ya no estaba en el cuadro. Desaparecido. Ausente en el concierto de la

maravillosa y efímera tarde de verano. Recordé muchas de las palabras de Heinrich, sus consideraciones. Respiré hondo y sé que no puede contener la sonrisa durante horas.

*En memoria de Clara Westhoff y de tantas mujeres que lucharon por defender  
y priorizar su esencia creadora.*